



La gran cosecha

Domingo 15 del tiempo ordinario

Mateo 13, 1-23: *“Aquel día, salió Jesús de casa y se sentó junto al lago. Acudió tanta gente, que tuvo que subirse a una barca; se sentó y la gente se quedó de pie en la orilla. Les habló mucho rato en parábolas: Salió el sembrador a sembrar. Al sembrar, un poco cayó al borde del camino; vinieron los pájaros y se lo comieron. Otro poco cayó en terreno pedregoso, donde apenas tenía tierra; como la tierra no era profunda, brotó en seguida; pero en cuanto salió el sol, se abrasó, y por falta de raíz se secó. Otro poco cayó entre zarzas, que crecieron y lo ahogaron. El resto cayó en tierra buena y dio grano: unos, ciento: otros, sesenta: otros, treinta. El que tenga oídos, que oiga. Se acercaron a Jesús los discípulos y le preguntaron: -¿Por qué les hablas en parábolas? Él les contestó: -A vosotros se os ha concedido conocer los secretos del Reino de los Cielos y a ellos no. Porque al que tiene se le dará de sobra, y al que no tiene, se le quitará hasta lo que tiene. Por eso les hablo en parábolas, porque miran sin ver y escuchan sin oír ni entender. Así se cumplirá en ellos la profecía de Isaías: “Oiréis con los oídos sin entender; miraréis con los ojos sin ver; porque está embotado el corazón de este pueblo, son duros de oído, han cerrado los ojos; para no ver con los ojos, ni oír con los oídos, ni entender con el corazón, ni convertirse para que yo los cure”. Dichosos vuestros ojos porque ven y vuestros oídos porque oyen. Os aseguro que muchos profetas y justos desearon ver lo que veis vosotros y no lo vieron, y oír lo que oís y no lo oyeron”. Vosotros, pues, escuchad la parábola del sembrador. Sucede a todo el que oye la Palabra del Reino y no la comprende, que viene el Maligno y arrebatada lo sembrado en su corazón: éste es el que fue sembrado a lo largo del camino. El que fue sembrado en pedregal, es el que oye la Palabra, y al punto la recibe con alegría; pero no tiene raíz en sí mismo, sino que es inconstante y, cuando se presenta una tribulación o persecución por causa de la Palabra, sucumba en seguida. El que fue sembrado entre los abrojos, es el que oye la Palabra, pero las preocupaciones del mundo y la seducción de las riquezas ahogan la Palabra, y queda sin fruto. Pero el que fue sembrado en tierra buena, es el que oye la Palabra y la comprende: éste sí que da fruto y produce, uno ciento, otro sesenta, otro treinta.*

Reflexión

Jesús contaba sus parábolas al aire libre. Como en el Evangelio de hoy, en que en un momento de aglomeración entusiasta junto al lago, Jesús se subía a una barca, se distanciaba un poco de la orilla para crear un anfiteatro natural y hablaba del Reino y enseñaba a las multitudes y al mundo los secretos abiertos del pueblo de Dios.

El escenario es importante para captar el mensaje. Jesús habla a multitudes inocentes y sencillas, con entendimiento inmediato e impacto directo. Él quiere comunicar una idea clara y directa, para que aquella gente la capte en el acto, la entienda y se la lleve en su corazón a sus casas y a sus campos. Jesús quiere que su palabra les ayude a vivir mejor la vida y a recobrar la esperanza en una sociedad que siempre es penosa.

Para rescatar ese primer sentido, hemos de escuchar las parábolas como si fuera la primera vez que las escuchamos, mezclados entre la multitud a orillas del lago, olvidando por un momento todo lo que de ellas hemos leído y estudiado y meditado.

¿Qué entendió la buena gente que escuchaba sus palabras de hoy por primera vez?
¿Qué lección quedó sonando en sus oídos, vibrando en su corazón, grabada en su vida? Pensemos un instante.

Aquellos eran días difíciles para Jesús y su pequeño grupo de discípulos. Los fariseos habían desatado la oposición y habían prohibido la entrada en la sinagoga a aquel hombre que no la respetaba profanando el sábado con sus curaciones. Jesús se veía forzado a predicar al aire libre.

Eso era una amenaza para los discípulos, principiantes todavía en la fe. Algunos se apartaban ya de él. Se cernía una nube de duda y de temor sobre la “pequeña grey”. No sabían a donde iría a parar todo aquello. No sabían si la incipiente Buena Nueva tendría éxito y sería aceptada, o si fracasaría y todo quedaría en la ilusión de unos pocos días sin fruto final...

En aquel momento, lo más importante para Jesús, que conocía los temores de sus discípulos y sentía sus dudas, era devolverles la esperanza, levantarles los ánimos, asegurarles el triunfo definitivo. Y a eso va esta parábola del sembrador.

Lo que queda grabado con claridad en la mente abierta de sus oyentes es que, a pesar de todas las dificultades - las piedras, las aves, las zarzas y las espinas - al final habrá una cosecha espléndida. Treinta, sesenta, ciento por uno... son cifras enormes en los cálculos de un labrador. Y eso es lo que queda sonando en sus oídos cuando Jesús termina, y la gente sonrío, y la esperanza vuelve al corazón de los discípulos.

Jesús insiste: un grano de mostaza se hace árbol; un puñado de levadura hace fermentar a toda la masa. Que no les importe la pequeñez de ahora. En su experiencia de labradores, saben que la semilla padece un periodo de muerte oculta, de oscuridad, de prueba. Pero esa misma semilla, cuando llega su tiempo, rompe terrenos, aparta piedras, evita zarzas y crece triunfante, con ímpetu arrollador que cubre de oro los campos, y los rostros de los campesinos de alegría. ¡La gran cosecha! Créanme y esperen.

Jesús confirma en parábola el mensaje esencial que había comunicado en frase directa: la abundancia de vida que Él ha venido a traer al mundo y que se irá realizando, en cada caso a su manera y a su tiempo, pero siempre con la seguridad infalible de la palabra y la presencia que en promesa la ha hecho ya realidad en nuestra vida.

No se trata de triunfalismo barato, sino de fe sincera. No son sueños futuros, sino realidad presente. No son resultados espectaculares, sino vivencias íntimas. Aquí esta Cristo, y su semilla y su promesa y su plenitud de vida, que ya es nuestra en la fe para siempre. ¡Qué se alegren los campos de Galilea con la cosecha grande!

¡Qué así sea!

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Amén.

Padre Nicolás Schwizer
Instituto de los Padres de Schoenstatt